

en su género, fácil es descubrir en sus más renombradas producciones recuerdos de Fingal y *carmanças*. Por lo tanto, no debe de parecer extraño que se propusiera utilizar el concurso de la pluma de Barère. También podía el ex-terrorista prestar otros servicios no ménos importantes al Gobierno consular. Podía penetrar en las oscuras guaridas en donde los Jacobinos, cuya constancia no se quebrantaba con los reveses, ó cuyos crímenes no recibían condigno y legal castigo, huían de las maldiciones de la humanidad; y como ninguna empresa por temeraria ó bárbara que fuese debiera parecer imposible de realizar á imaginaciones perturbadas del fanatismo, aconsejadas de la miseria y familiarizadas con la muerte, necesitaba saber el Gobierno cuanto pasara en sus conciliábulos secretos, y nadie más á propósito que Barère para facilitar estas noticias.

XXXIX.

El Primer Cónsul se proponía, pues, emplear á Barère como escritor y como espía, utilizando su inteligencia y su aptitud para entrambos oficios. Pero, ¿sería posible que Barère quisiera prestarse á ello, sometiéndose á semejante humillación y á tan grande rebajamiento? Era un infame; pero había representado gran papel: figuró en una cuadrilla de criminales, cuyas fechorías estaban en la memoria de todos; pero había formado parte de un gobierno árbitro de la Francia, que hizo la guerra con éxito á la Europa entera, y fué, si no el más poderoso, el más conocido de todos los individuos que figuraron en aquel Gabinete, excepto Robespierre; su nombre gozaba de universal notoriedad de Cádiz á Moscou

y de Lóndres á Filadelfia; era el causante principal de la muerte de María Antonieta, y de los más famosos tribunales y más profundos filósofos de Francia; había pedido la destrucción de Lyon, y el arado trazó surcos sobre sus escombros; había pedido la ruina de Tolon, y así acordó la Cámara que fuera. Cuando la perversidad alcanza tan alto grado y sube tanto de punto, el odio que infunde participa mucho del miedo que causa, y así, un malhechor famoso como Barère tenía su puesto señalado de antemano entre los grandes tiranos, con Critias, Syla, Ececlino y Borgia, no con escritores asalariados á tanto la línea, ni con polizontes y espías.

«Convengo en que la virtud es una palabra vacía de sentido, decía Pope; lo que no alcanzo es que no se tenga la dignidad del vicio.» Así lo comprendía Barère, y por eso cuando le propusieron ponerse al frente de un periódico mantenedor de la política del Primer Cónsul, la vergüenza y la ira le inspiraron por primera y última vez algo parecido al valor; que habiendo llegado á ocupar á los ojos de la humanidad un puesto tan visible y de tanta importancia como Washington y Mr. Pitt, le ofrecían que descendiese al nivel de Mr. Lewis Goldsmith. Demas de esto, consideraba con envidia y desesperación la inmensa diferencia establecida entre él y otros hombres de Estado revolucionarios á quienes brindaba el nuevo gobierno con cargos importantes en los diversos ramos de la administración pública, y que, si bien tenían que hacer el sacrificio de sus principios, no sacrificaban en modo alguno aquello que para el vulgo constituye la dignidad personal, siendo tribunales, legisladores, ministros plenipotenciarios, consejeros de Estado, senadores, secretarios del despacho y cónsules; pues, razo-

nablemente pensando, podían esperar elevarse al propio tiempo que Bonaparte, llegando á ser, como lo fueron algunos de ellos, condecorados de la Legión de Honor y de la Corona de Hierro, archicancilleres y architesoreros, y condes, duques y príncipes de la futura nobleza. Seis años ántes fué Barère mucho más célebre y poderoso que todos ellos juntos, y á la sazón miéntras á ellos se reputaba dignos de representar en el extranjero la majestad de la Francia, y daban audiencias á la muchedumbre de los pretendientes en salones revestidos de seda y oro, á él se relegaba en completa oscuridad, para ejercer el oficio ingrato y secundario de director de un diario semioficial. El sacrificio era inmenso, y á su parecer tan grande, que sus labios, nunca osados hasta entónces á formular negativas, la pronunciaron categórica y acerba. «No pude, son sus palabras, rebajarme al punto de servir sólo para redactar periódicos en el gobierno del Primer Cónsul, en tanto que hombres tan insignificantes, vulgares y serviles como los Treillard, Roederer, Lebrun, Maret y tantos otros á quienes me parece inútil mencionar, ocupaban los primeros empleos en aquella *situación de personajes improvisados*.»

Mas no duró mucho tiempo este acceso de dignidad en grado heróico. Porque como Napoleon permaneciera inflexible, á Barère no le quedó más medio de merecer favor del Gobierno sino refrenar su orgullo, doblar la cerviz al yugo del vencedor, olvidando que habria podido en otro tiempo con sólo decir tres palabras enviar al patíbulo á los tres cónsules; rendirse á discrecion, y trabajar humilde, discreta y activamente para el Primer Cónsul, escribiendo pomposos panegíricos á favor suyo, y sangrientas diatribas contra la Inglaterra. Bueno será

consignar tambien que hubo un momento en que Bonaparte pensó llevar á Barère al Consejo de Estado, pero que sus individuos se opusieron á ello resueltamente, manifestando que semejante nombramiento sería deshonorar la corporacion

XL.

Se ha dicho y repetido hasta la saciedad, no sabemos con qué fundamento, que Barère quedó encargado así de redactar escritos como de censurar los de otros publicistas. Él niega el hecho; pero, en vista del ningun crédito que merece su palabra, cuando ménos debe quedar en suspenso todo juicio; pudiendo, sin embargo, decirse que si, en efecto, no aceptó el empleo, no fué por escrúpulos de conciencia, ni por delicadeza, cosas ambas de que carecia en absoluto, pues consintió en ejercer un oficio que, comparado con el de censor, por odioso y feo que parezca éste, se antoja magistratura benéfica y augusta. Barère ingresó en las filas de la policia secreta, y se hizo espía...! rebajándose al punto de aceptar un empleo más degradante que cuantos puedan existir. Y como cada vez que se alistaba en las filas de un partido tenía la costumbre de celebrar el bautismo de su nueva fe con las cabezas de algunos amigos antiguos, entónces hizo lo propio. Primero fué realista, y al hacerse republicano regó con la sangre de Luis XVI el árbol de la libertad; luégo, al pasar á la Montaña, sacrificó á los Girondinos, con quienes habia militado; despues se arrastró á los piés de Robespierre hasta el 8 de Termidor inclusive, y el 9 pidió que sin tardanza lo guillotinaran: por eso, y á fin de no interrumpir su

tradicion, al afiliarse al servicio de la naciente monarquía, se apresuró á sacrificar por mano del verdugo á varios republicanos.

Citaremos un caso. Tenía Barère un amigo de la mayor intimidad llamado Demerville, el cual ejerció cargos de confianza en tiempos del Comité de Salud pública. Demerville, que no sólo era Jacobino sino fanático por la política desarrollada en tiempo del Terror, secundado de otros hombres de sus ideas, tramó contra la vida del Primer Cónsul; y como dejara escapar algunas palabras respecto del negocio delante de Barère, corrió éste á seguida en busca de Lannes, jefe de la guardia consular, y lo delató, siendo preso el imprudente, juzgado y ejecutado; declarando contra él ante los jueces su antiguo amigo Barère.

La relacion que nos ha dejado Barère de tan vergonzosas transacciones ofrece un conjunto de noticias confusas, dispuestas con estudio, pero eficaces sólo á demostrar su infamia. Demas de esto, á traves de tanta falsedad y de tantas nebulosidades como acumula, puédense descubrir algunas verdades que pretende velar con el misterio; siendo para nosotros evidente que sospechaba el Gobierno en él lo que llaman los italianos doble traicion; recelo en nuestro concepto natural, toda vez que en época no lejana sostuvo ardientemente la doctrina jacobina, en que se reputa por merecedor de más grandes elogios á quien da muerte á un tirano que á quien salva la vida de un semejante. ¿Era posible que Barère, individuo de la Junta de Salud pública, matador del Rey y de la Reina, hubiera llegado al punto de hacerse espia de sus antiguos adeptos, compañeros y amigos, únicamente para castigarlos de haber tramado proyectos que, á contener una sola palabra de

verdad sus *carmañolas*, serian por todo extremodignos de loa? ¿No era más verosimil pensar que tomaba parte muy directa en las conjuras, y que si daba ciertas noticias lo hacía única y exclusivamente para extraviar y adormecer á la policia? Ello es que se hizo sospechoso; que lanzó el Gobierno espías en seguimiento del espía; que le dieron orden de alejarse de Paris, y de no acercarse á ménos de veinte leguas de la capital, y que hubo un momento en que corrió gravísimo peligro de ser desterrado á Madagascar con otros de sus amigos de la época del Terror.

Poco duró esta situacion, pues muy luégo se reconcilió con el Gobierno lo bastante á poder vivir no solo en paz y tranquilo por espacio de algunos años, sino hasta sirviéndolo en las más bajas regiones de la política. Así las cosas, se propuso visitar el Mediodía de Francia el verano de 1803, y entónces recibió de Duroc, quien, como es sabido, gozaba de la confianza y favor de Bonaparte, una carta cuyo contenido merece los honores de la re-
produccion.

«Sabedor el Primer Cónsul, decia Duroc, de que se propone trasladarse á su departamento el ciudadano Barère, me encarga manifestarle su deseo de que permanezca en Paris.

»El ciudadano Barère hará una Memoria semanal, escrita, sobre el estado de la opinion pública, la marcha del gobierno y cuanto estime conveniente y necesario elevar á conocimiento del Primer Cónsul; redactando estos documentos con absoluta libertad.

»Cuidará el ciudadano Barère de poner en propia mano del general Duroc sus apuntes, en forma que pueda éste trasmitirlos en el acto al Primer Cónsul.

siendo requisito indispensable que nadie recele si quiera la existencia de tales relaciones, pues de lo contrario, el Primer Cónsul las dará por terminadas *ipso facto*.

»Podrá también, y con la debida frecuencia, escribir para los periódicos artículos encaminados á reanimar el espíritu público y á excitarlo principalmente contra los ingleses.»

XLI.

Durante algunos años continuó ejerciendo Barère las funciones del cargo para el cual habia sido nombrado por su amo, y llevando á las Tullerías con prolija puntualidad todas las semanas crónicas y revistas secretas llenas de chismes de café. Sus amigos, los editores de las *Memorias* que tenemos á la vista, dicen con este motivo que hacia los mayores esfuerzos entónces por causar todo el daño posible á los emigrados que se habian restituido á su patria, y tanto es así la verdad, que si Napoleón ignoraba las quejas y sarcasmos que proferian contra el sistema imperial los aristócratas despojados de sus bienes, y los eclesiásticos desposeidos de sus beneficios, no quedaba por falta de Barère. Nos duele tener que decir con este motivo que ciega de tal modo á M. H. Carnot el espíritu de partido, que clasifica entre los merecimientos de su héroe á la estimación pública tan infames y bajos procedimientos.

Ya dijimos que además de polizonte y espía era Barère periodista y autor de libelos; pero añadiremos ahora que fundó un diario contra la Inglaterra denominado *Mémorial Antibrannique*; que trazó

el plan de una obra cuyo título sería: *Engrandecimiento é ilustracion de la Francia por el emperador Napoleon*, y que, cuando se proclamó el imperio, el exregicida se hizo notar en la turbamulta de los aduladores por su entusiasmo y la singular fecundidad de su servilismo, pues tradujo un libro indigno de versos italianos, titulado *Corona poética compuesta por los pastores de Arcadia para el glorioso advenimiento de Napoleon I*, y comenzó una nueva serie de *carmañolas* en todo contrarias á las que hicieron en su día las delicias de la Montaña, en las cuales el título de emperador era mezquino y pobre, segun decia, para condecorar á Bonaparte, quien debia de apellidarse por aclamacion universal emperador de Europa, y rey de los reyes, no de Italia, por ser esta denominacion sobrado humilde para hombre tan grande.

Empero, á pesar de la buena voluntad con que se ocupaba en ser espía y libelista de oficio, no era de grande utilidad en ninguno de sus empleos. Su periódico apenas se vendia, y miéntras el *Journal des Débats* prosperaba extraordinariamente bajo la discreta y acertada direccion de Geoffroy, tirando más de veinte mil números diarios, el *Mémorial Antibrannique* no llegó nunca en su mayor prosperidad á mil quinientos suscritores, y para eso avecindados léjos de Paris, siendo acaso gascones, entre los cuales conservaba todavía el nombre de Barère cierto prestigio.

Los publicistas que no hallan quien los lea suelen atribuir la indiferencia general de que son objeto á causas diferentes de las verdaderas, y Barère para no apartarse de la regla hizo lo propio, ensañándose en los parisienses. «Paris, decia, no simpatiza con la Francia en nada, porque no hay un parisiense

que se cure de periódicos consagrados á las necesidades y verdaderos intereses del país. Nada es tan ridículo á los ojos de un parisiense como el patriotismo. Las clases elevadas de la capital siempre han sido esclavas de la Inglaterra, y como para ellas vale más un furriel inglés que un general de su país, los periódicos que ataquen la Inglaterra carecerán siempre de su apoyo.»

Hallándose Napoleon en Santa Elena, definia mejor y explicaba más razonadamente al doctor O'Meara el fiasco del *Mémorial Antibrannique*, diciendo que «Barère gozaba fama de hombre de talento, pero que nunca se lo habia parecido; como que todo se reducía en él á floreo de retórica sin fondo alguno, á *coglionerie* rebozadas de frases de relumbron.»

En efecto, Barère no habia logrado nunca ser buen escritor, por más que tuviera la imaginacion pronta y que hiciera fácil y rápidamente cuanto supiese hacer. Porque si los dias pasados de su grandeza y poderío tomó la costumbre de pronunciar discursos acerca de los asuntos más perturbadores á muchedumbres fáciles de conmover, y si entonces pasaban desapercibidos los defectos de su estilo, por ser aquellos tiempos de mucha licencia literaria y civil, y lícito á los patriotas violar, así las reglas ordinarias de la composicion como las de la jurisprudencia y de la moral social, con la reaccion civil habíase iniciado una reaccion literaria, y del propio modo que habia de nuevo trono, corte, magistratura, órdenes de caballería y jerarquías, tambien habia una manera de renacimiento del buen gusto clásico, y se estudiaba la prosa de Pascal y de Massillon y los versos de Racine y de La Fontaine con tanto afán cuanto se tenía en olvidar aquella elo-

cuencia que ántes entusiasmaba al populacho, y que á la sazón sólo era eficaz á producir imágenes de muerte y de horror en la memoria. Por esta causa las costumbres del Anacreonte de la guillotina, sus palabras extrañas, no definidas por el Diccionario de la Lengua, sus chanzas, sus burlas, sus hipéboles y sus idiotismos gascones se hicieron al público tan odiosos como en Inglaterra, despues de la Restauracion, la jerga puritana.

XLII.

Bonaparte, que no quiso nunca bien á los hombres del Terror, ya no los temia, como que se hallaba en la cumbre del poder y rodeado de inmenso prestigio, y ellos caidos y cubiertos de oprobio. Era monarca, y acaso ya entonces acariciaba la idea de contraer alianza matrimonial con alguna familia de monarcas; y siendo así, natural debe de parecer que no quisiera en su nuevo estado conservar relaciones con lo peor y más aborrecible de los Jacobinos. Posible habria sido, sin embargo, á ser indispensable al Imperio el concurso de Barère, que la mala voluntad personal cediera un tanto á las consideraciones políticas; pero como no hubiera motivo alguno de guardar miramientos á un hombre despreciable y que se habia mostrado escritor más despreciable todavía, Bonaparte se dejó llevar de su carácter con él, y en vez de alejarlo cortésmente, despidiéndolo afable y generoso de su servicio, lo trató como á perro á quien se arroja de donde no deba estar. Tenia Barère la costumbre de mandar cada dia seis ejemplares de su periódico á las Tullerías, impresos en papel de lujo; y cuando hubo llegado el

caso que indicamos en el párrafo anterior, en vez de recibir ciertas alabanzas que aguardaba en pago de su celo, le contestaron secamente que habia dispuesto el grande hombre se le devolvieran cinco de los números, demostrando así que con uno le bastaba. No obstante, prosiguió afanoso en la tarea, lleno de halagadoras ilusiones y esperando á cada paso que Napoleon acabaria por ceder y ablandarse, y que al cabo recibiria en premio de sus afanes alguna parte de las grandezas y magnificencias del Estado. A decir verdad, merecia recompensa su acatamiento y sumision á las nuevas instituciones; pero lo engañó el deseo, como veremos. No daba la Constitucion del Imperio á los colegios electorales de los departamentos el derecho de nombrar senadores y diputados, sino sólo el de presentar candidatos, entre los cuales designaba el Emperador los senadores, y éstos á su vez los diputados. Los habitantes de los Altos Pirineos, que siempre mostraron por Barère singular parcialidad, se atrevieron en 1805 á pensar en él para ejercer el cargo de senador; pero sabido el caso de Napoleon, S. M. I. expresó cuánto le disgustaba el proyecto, é hizo saber al presidente de aquel colegio electoral que la designacion del ex-terrorista redundaria en mengua y afrenta de sus electores; con lo cual renunciaron al propósito de que fuera senador. Entónces, los de Argelés se atrevieron á presentarlo candidato para el Cuerpo legislativo; y aun cuando carecia esta Cámara de prestigio y dignidad, y no discutía, y se hallaban limitadas sus atribuciones á votar en silencio cuanto proponía el Gobierno, y sea difícil explicarse cómo aquellos hombres que tuvieron asiento en Asambleas deliberantes poderosas y libres se resignaban y se avenian á representar papel tan

triste y secundario en semejante farsa parlamentaria, Barère ansiaba formar parte de ella; satisfaccion que tampoco logró ver realizada, pues el Senado le negó sus votos en absoluto.

Ocasionado era el tratamiento á herir la susceptibilidad del hombre más indigno de cuantos fueran; mas él no se dió por ofendido, y perseveró en sus adulaciones y acatamientos; enviando puntualmente á las Tullerías cada semana una confidencia escrita de su puño, hasta que en 1807 y miéntras redactaba la marcada con el número 223, recibió una carta de Duroc, tan desatenta como categórica, en la cual le rogaba no enviase más papeles á palacio, pues su Majestad no tenia vagar para leerlos.

XLIII.

Dice un refran indostánico que traspasa el desprecio hasta la concha de tortuga, y á pesar de su insensibilidad, Barère se sintió profundamente ofendido del que le mostraba la corte imperial. Habia representado principalísimo papel entre los caudillos de poderosa y fuerte nacion, y luégo se degradó hasta el punto de servir oficios despreciables bajo las órdenes de un amo; y cuando se hubo cubierto de ignominia, le dijeron que ya no merecia ni siquiera el mezquino salario que le daban en precio de su villanía! ¡Se humilló, se arrastró á los piés de un señor y fué su esclavo, todo á cambio de la pitanza, y al cabo le quitaban escudilla y cuchara juntamente, no estimándolo siquiera merecedor de aquello que comia! ¡Todo lo habia hecho en vano! ¡Todos sus sacrificios habian sido inútiles y como si no fueran, pues al cabo de ellos quedaba en peor

situacion que los miserables á quienes empleaba el Gobierno en obras de infamia, y ocioso en medio de la plaza del mercado, no porque hubiera cosa por innoble que fuese que no se sintiera él dispuesto á ejecutar, sino porque ni aun para eso lo querian!

Por muy dichoso podia estimarse Barère á pesar de su mala ventura, sin embargo; porque si todo cuanto confiesa en sus *Memorias* lo hubiera sabido entónces el Gobierno, es bien seguro que las muestras de imperial desagrado habrian revestido carácter y circunstancias diferentes. Ni tampoco hubiera podido ménos de ser así, pues dice que miéntras publicaba diariamente artículos encomiásticos de Bonaparte, y redactaba confidencias para el uso del jefe del Estado, se hallaba en intimas relaciones con los agentes del emperador Alejandro en Paris, que informaban á S. M. de cuanto allí pasaba, leyendo sus despachos secretos, suministrándoles noticias acerca del estado de la opinion pública y del carácter de Napoleon, y haciendo cuanto estaba de su parte para persuadirlos de la inestabilidad de su Gobierno y de la incapacidad política y militar del Emperador. Demas de esto, el servil corresponsal y noticiero de las Tullerías y del Czar, hacia lo propio con el representante de España, pues reconoce sin ambages que celebraba con este diplomático dos conferencias diarias á ocultas del Gobierno frances, y que su conversacion versaba principalmente sobre los defectos y vicios de Napoleon, sobre sus proyectos acerca de la Península ibérica, y la mejor manera de hacerlos fracasar. Como se ve, la infamia de Barère no tenia término, pues cuando llegaba en punto á perversidad á los más profundos abismos, y parecia no ser posible ir más allá, él encontraba modo de hacerlo sin empacho. Fea cosa es ser

delator y espía; pero aun entre los delatores y los espías hay un punto del cual no pasan; que si existe gradacion en la perversidad, generalmente tambien cuando ésta llega á cierto límite de infamia, se detiene; mas en Barère no era así, pues calumniaba sin pudor al amo á quien servia de rodillas, y hacia oficios de espía contra su propia patria y en favor del enemigo extranjero, siendo por tanto el más vil de los villanos.

XLIV.

De 1807 á 1814 pasó Barère en la oscuridad, declamando contra el Gobierno imperial con tanta vehemencia como le consentia su espíritu cobarde, y recibiendo de tiempo en tiempo visitas no nada gratas de los agentes de seguridad pública; y al advenimiento de los Borbones se declaró realista, redactando un folleto encaminado á exponer los horrores del régimen abolido, y á celebrar la sabiduría y clemencia de la Carta. En esta obra, el hombre que votó la muerte de Luis XVI, que pidió la de María Antonieta, y que aborrecia el sistema monárquico á tal extremo, que no pudiendo hacer guerra á mas reyes vivos, la declaró á los sepulcros de los ya muertos, dice con muestras de grande complacencia que «se propone consignar noblemente la firmeza de sus principios monárquicos y su fidelidad á la casa de Borbon;» miserable apostasia que no le mereció, sin embargo, recompensa del nuevo Gobierno.

Durante los cien dias, volvió á entrar en la vida pública, siendo nombrado para la Cámara legislativa por su departamento; pero aun cuando la mayor